ilda elena grau

advertencia contra la mayor calamidad social: el feminismo

*Este artículo resume el libro: **La mujer moderna**, escrito por el profesor Ignacio Gamboa, en Yucatán, 1905. Cualquier semejanza entre las ideas de este autor y los argumentos esgrimidos por los críticos del feminismo en la actualidad, no es mera coincidencia. Ilda Elena Grau.*

Hoctún, Yucatán. Noviembre 28, 1905.

Estimadas y muy respetables lectoras, he decidido tomar la pluma en esta ocasión con el fin primordial de hacer llegar hasta vosotras una llamada de atención hacia los peligros espantosos a que puede conducir al mundo entero esa extravagancia, hoy de moda, llamada feminismo. Como escritor cristiano y patriota que soy siendo el deber de advertiros de estos peligros, para que vosotras, una vez recuperado ese amor al mundo y a la familia que siempre os ha caracterizado, luchéis por exterminar esta pagana yerba que hasta nuestro querido país han arrojado manos perversas y fuereñas.

Desde que la mujer concibió la idea de aparejarse al hombre, desde que sintió los primeros arrebatos por igualarse en acción a aquel, quedó desierto moralmente el hogar, y ya en éste no se miran aquellos elementos sanos que necesita la comunidad humana para su engrandecimiento y perfección.

Sólo se recogen en el moderno hogar gérmenes viciados, porque ya la madre no piensa en el cumplimiento de su deber sagrado, sino que, absorta entre la fascinante bruma que le oculta la realidad, se entrega a lucubraciones poco dignas de su sexo.

¡Pobre mujer! No conforme con el altruismo que usó con ella el cristianismo elevándola a la augusta dignidad de madre y esposa, mostrándole los encantos del hogar, quiere buscar otro nivel. . .

El feminismo, que no es otra cosa que un partido político de la mujer, absorbe hoy toda su atención. Más, ¡qué ilusión!, pretender despojar al hombre del cetro de mando, pretender dictar a leyes a éste empuñando las riendas del gobierno, no pasará de una quimera. El hombre, más fuerte que la mujer física y moralmente, no ha de conformarse nunca con ceder sus derechos y prerrogativas de hombre a aquélla, tan sólo para satisfacer caprichos delirantes de locura.

Si es verdad que hoy se le acuerdan los derechos del ciudadano; si hoy se le brinda una curul en el Congreso y en el Ayuntamiento, y se le permite hasta administrar justicia, es tan sólo porque su acción es muy débil todavía, y siempre la influencia preponderante del hombre prevalece en el Mundo. Mas en cuanto mujer, abusando de las prerrogativas que se le otorgan en el orden político, llegará a echarse en brazos de la revolución femenil, entonces verá lo que vale el hombre y lo que éste puede hacer con ella, excitada la fiereza de su animalidad. El feminismo, que abraza ella con tanto calor como irreflexión, la hará descender del fulgente solio en que hoy se encuentra en los países civilizados.

Es para ella este partido político lo que fue para el hombre la Revolución Francesa, esa explosión gigantesca del pensamiento humano, que cual hirviente lava asoló no solamente la tierra que regó de cadáveres, sino las débiles conciencias que no podían soportar su examen ni entender sus fines. Y todo, ¿para qué? Para implantar la democracia, esa aspiración del hombre, que se cree con derecho legítimo de hacer valer su personalidad en el gobierno material del mundo.

En todas las épocas ha revelado el hombre sus deseos de ostentarse como dueño de sí mismo en todo, los dominios de sus energías, y así, desde la más remota antigüedad le vemos luchar por algún ideal. Ha implantado todas las formas de gobierno que caben en su fantasía, y con ninguna se conforma, como hasta en el presente notamos.

No sólo resultan en la realidad bellas utopías todos esos ideales, sino que vienen a deshacerse en la conciencia general, como la espuma del jabón producida por el agua.

He aquí que las mujeres han de observar que el hombre, para mudar un orden de cosas establecido, ha luchado heroicamente, derramando a torrentes su sangre, ejecutando actos de verdadera temeridad, y llorando muchas veces su error después de la demolición de algo importante para la humanidad.

Ahora bien, la mujer es todavía más veleidosa que el hombre. Aspira la mujer moderna a su independencia de éste, imitándolo en sus delirantes lucubraciones: aspira al poder de mando en el orden político, y por eso la miramos

hoy revolotear en el feminismo, como la mariposa alrededor de la luz de una bujía que al fin la quema.

La mujer va colocándose casi en el mismo nivel que el hombre, y por esta razón comienza a perderse esa delicada simpatía que ésta ha inspirado en todas las épocas de su dominio moral. Y, ¿cómo no habría de ser? Desde que el hombre ha sido creado para los trabajos rudos del campo, de la política, de la mecánica y de todas las artes liberales, ¿podrá mirar con serena indiferencia la ola invasora que le presenta la mujer moderna? ¿Qué ha de hacer, desde que su persona no sea ya necesaria en el trabajo?

Pero, ¡cuidado! como el hombre, por su estructura material, más fuerte que la mujer, como éste, en el caso de que le falte trabajo porque aquélla lo hubiese absorbido, tiene que buscarse la subsistencia, natural es suponer que apelará a la lucha bruta abriendo la guerra contra la mujer, quien al fin tendrá que sucumbir ante la hercúlea resistencia de aquél.

La experiencia nos demuestra que toda sociedad humana puede vivir y marchar hacia el progreso sin la invasión de la mujer,en las esferas asignadas al hombre. Esto es en cuanto al orden económico. Y, ¿qué no diremos tratándose de la política?

Por desgracia lamentable, el hombre jamás ha buscado otra cosa que la satisfacción de sus pasiones, y por eso le miramos en todas las épocas navegando en océano tempestuoso, sin poder divisar, por la bruma que se interpone, el luminoso faro que le condujera a puerto seguro, a puerto de salvación.

Así ha marchado y marchará hasta el fin de los siglos, porque cada día se aleja más de la alegre playa en donde debía hallar paz y descanso.

Si ésta es la situación, ¿no es necesario, pues, examinar si en la política, en este escabroso campo, tienen cabida las aspiraciones de la mujer moderna, y si ésta podrá encontrar los elementos que ansía para desarrollar el ideal que su arrebatada fantasía le hace concebir?

Hemos visto que la política, en su estado de corrupción, sólo sirve para dar a las pasiones humanas el vuelo que necesitan para hacer arder el mundo. Ahora bien, ésta, en su desarrollo mortífero, ¿no reconoce sexo en sus factores?

La mujer, desde el instante mismo de salirse de los dinteles de su misión augusta, desde que arrojada por sí misma a esa atmósfera envenenada de la política, contrae la infección séptica, ya queda sujeta a resistir esa fuerza impulsiva de las pasiones que deben arrollarla sin miramiento alguno y transformar los fines para que fue creada. A eso va expuesta en su delirante aspiración.

Es pues el feminismo para la mujer un factor poderosísimo que la conducirá a su degradación y ruina.

Pero aún está a tiempo la mujer moderna de salvar este oscuro destino y transformar su porvenir, junto con el de sus seres queridos, en uno de armonía y felicidad, siempre y cuando abandone de una vez y para siempre la enfermiza locura de igualarse al hombre, y dedique todo su esfuerzo a sus sacrosantas tareas en el hogar. La señora de la casa se debe

ver a sí misma atendiendo y cuidando exquisitamente los intereses domésticos. Habitadora sempiterna de la casa, no se ha de preocupar de los atractivos del vulgo, sino que el hogar será su verdadero paraíso de ventura. Aguardará con cariñoso afán al jefe de la casa, el esposo amado, a quien siempre ha de suponer lo bastante fuerte para llenar las necesidades de la casa y llevar la representación de la familia. Y en tiempos de adversidad, la esposa sabrá acomodarse perfectamente a los vaivenes de la fortuna, con su diligencia y economía. . .

Por todo lo que arriba hemos esbozado, resulta que es la mujer la responsable de las desdichas que se palpan en el mundo, y la única, también, que puede mejorar las condiciones de vida.

Todos esos sordos murmullos que anuncian la más formidable tempestad, los fuertes sacudimientos que estremecen la conciencia humana, la vida lánguida universal que desalienta al que habita este planeta, pueden desvanecerse como la espuma de jabón, si ella vuelve sobre sus pasos, si toma la pacífica norma que le enseñó el cristianismo y convierte el hogar en el más íntimo anhelo de su vida.

Es error de gran trascendencia el considerar a la mujer enteramente igual al hombre en cuanto a su funcionalidad, porque de este concepto viene el desequilibrio social.

Cuando la mujer, convertida en legítima soñadora de los encantos del ideal, ya sólo quiera vivir de lo abstracto, y ya le repugne la vida hogareña, la vida cotidiana, ¿qué será del hombre?.

Pero cuando la mujer haga que las flores del vergel hermoso del hogar despidan suave aroma para purificar la pestilente atmósfera de que está saturado el mundo; cuando ella presente luminoso el reflejo del porvenir, aparecerá tan bella y refulgente que su esposo, sus hijos y toda la humanidad agradecida entonarán en su honor himnos de alabanza

Ignacio Gamboa.